

1. Proyecto sin clase: crítica al neoestructuralismo como fundamento del neodesarrollismo

*Mariano Féliz **

1. Introducción

La crisis del neoliberalismo ha dado lugar en América Latina al surgimiento de un profundo debate sobre las alternativas para el desarrollo de los Pueblos en la región. En algunos países (como Venezuela, Bolivia o Ecuador) los movimientos populares han logrado desplazar en buena medida a las burguesías locales del control del Estado y a partir de allí han comenzado a avanzar en el diseño de nuevas formas de desarrollo socio-productivo (Thwaites Rey, 2010) con tendencia socialista. En otros países, como Argentina o Brasil, la crisis del programa neoliberal no permitió a los Pueblos desplazar a las clases dominantes y sólo significó la superación dialéctica del neoliberalismo por un nuevo proyecto con tendencia hegemónica: el neodesarrollismo (Féliz y López, 2010). Frente a los proyectos de tendencia radical el proyecto neodesarrollista, que tiene su fundamento teórico en la nueva economía estructuralista o neoestructuralismo (FGV, 2010), ha intentado colocarse como el nuevo paradigma articulador de los proyectos de desarrollo capitalista en la región.

En este trabajo analizaremos esa alternativa –el neodesarrollismo estructuralista– que busca convertirse en agente orientador

* Profesor. Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), Universidad Nacional de la Plata (UNLP) // Investigador. Centro de Investigaciones Geográficas / Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - CONICET), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), Universidad Nacional de La Plata (UNLP) // Miembro del Centro de Estudios para el Cambio Social. Correo electrónico: marianfeliz@gmail.com / mariano.feliz@conicet.gov.ar

de una nueva modalidad de desarrollo capitalista en la periferia. Nos concentraremos en la experiencia de la Argentina desde 2002. Primero, presentamos los principales argumentos que sostienen el proyecto neodesarrollista y su fundamento teórico (el neoestructuralismo). Luego – en las secciones tres y cuatro – realizamos una serie de críticas conceptuales y empíricas de esa propuesta. Finalmente en la sección quinta presentamos algunos lineamientos de lo que podría ser una alternativa popular al neodesarrollismo: una macroeconomía basada en lo que denominamos – siguiendo a Lebowitz (2005) – la economía política de las trabajadoras y los trabajadores. El texto cierra con unas breves conclusiones preliminares.

2. Breve historia del desarrollismo y su fundamento estructuralista

En Argentina el desarrollismo nació a mediados de los años '40 como un proyecto de la incipiente burguesía industrial de base nacional.¹ Esos sectores estaban ganando peso en la economía nacional y – en una alianza inestable con parte de la clase trabajadora – generaron un consenso social a favor de la industrialización como proceso articulador de cualquier programa de desarrollo nacional.² En ese proyecto el núcleo de la clase trabajadora buscaba ser integrado al desarrollo capitalista a partir de una participación parcial en los beneficios materiales del crecimiento económico pero con una inclusión política subordinada a los intereses generales de la valorización de capital. En tal sentido, el desarrollismo era – en esa primera etapa – un proyecto político populista que debía incluir a una parte del pueblo pero sin permitirle autonomía política (Mazzeo, 2010). El derrocamiento del gobierno peronista

¹ Como en la mayoría de los países de América Latina, la burguesía industrial nacional se conformó en el marco de las condiciones de autarquía relativa creadas por la crisis de los años '30 y la 2da Guerra Mundial (Marini, 2007; Prebisch, 1949). En Argentina, el proyecto desarrollista comenzó prefigurarse con claridad a comienzos de los años cincuenta con el 2do Plan Quinquenal del peronismo (James, 1990: 154). Sin embargo, ganaría fuerza con el gobierno de Frondizi (1958-1962) a partir de la derrota de varias luchas obreras contra la “racionalización” como, por ejemplo, en el caso del Frigorífico Lisandro de la Torre en 1959 (James, 1990: 147-166).

² “El desarrollismo fue la ideología de la burguesía industrial latinoamericana, en especial aquella que ... trataba de ampliar sus espacio a expensas de [la burguesía primario-exportadora], recurriendo para ello a una alianza con el proletariado industrial y la clase media asalariada” (Marini, 1999: 144).

en 1955 constituyó una radicalización del proyecto desarrollista y la conformación de una nueva alianza dominante apoyada en el peso creciente de las empresas multinacionales.³ En esa etapa el desarrollismo acentúa sus rasgos productivistas, enfatizando la necesidad de acelerar la acumulación de capital sobre la base del incremento de la productividad y la moderación salarial. Hasta comienzos de los años setenta, el desarrollismo fue articulándose como el proyecto societal de las clases dominantes en el país.⁴ El cambio en la coyuntura internacional y el avance de las contradicciones al interior del país, llevaron a la desarticulación del proyecto y su progresivo reemplazo – a través de la crisis y la reproducción ampliada de la violencia – por una nueva estrategia: el neoliberalismo.

El marco conceptual del desarrollismo era el estructuralismo latinoamericano nacido en la CEPAL. Partiendo de una crítica al lugar que la periferia ocupaba en la división internacional del trabajo como productor de alimentos y materias primas, el estructuralismo fue construyendo un marco lógico para buscar impulsar el cambio estructural de la economía promoviendo un proceso de industrialización (Sztulwark, 2005). Ese proceso era visto como la clave para superar las limitaciones al desarrollo, las que se manifestaban en la tendencia a la crisis recurrente en el balance de pagos, las presiones inflacionarias, la inestabilidad en la tasa de crecimiento y la conflictividad social.

Desde la perspectiva estructuralista la base de esas limitaciones estaba en la prevalencia de una estructura productiva desequilibrada, con un sector industrial de baja competitividad relativa frente a un sector primario – agropecuario – con capacidad de generación y apropiación de rentas. En ese contexto, la necesidad de acelerar el desarrollo industrial suponía (1) favorecer la sustitución de importaciones con medidas de protección y promoción, (2) apropiarse y redistribuir una porción significativa de la renta agraria, (3) la incorporación del capital extranjero como fuente de ahorro y divisas, y (4) la conformación de una matriz distributiva que garantizara un reparto “adecuado” de las ganancias de pro-

³ Podemos afirmar que hasta 1952 la filosofía desarrollista en Argentina tenía fuertes rasgos nacionales y populares mientras que luego acentuaría sus rasgos productivistas y anti-populares. Podemos proponer que luego de la crisis neoliberal, el nuevo proyecto de desarrollo capitalista combina de manera original elementos nacional-populares con rasgos fuertemente productivistas.

⁴ Al igual que lo había hecho en otros países de la periferia. Brasil sea, probablemente, el mejor ejemplo de desarrollismo “exitoso”.

ductividad para favorecer la acumulación. En este esquema, el Estado era visto primordialmente como el actor que por encima de la sociedad y las contradicciones de clase debía poder coordinar los intereses de las clases y fracciones de clase (contrapuestos, supuestamente, sólo en el corto plazo) a los fines de articular un proceso de desarrollo (Sztulwark, 2005: 29; Marini, 1999: 143).

En los años setenta la crisis social, política y económica fue generalmente interpretada como producto del “agotamiento” del proceso de sustitución de importaciones (Sztulwark, 2005: 38) y por lo tanto del estructuralismo cepalino como fuente teórica.⁵ En la periferia el estructuralismo latinoamericano vio cuestionada su hegemonía producto de su incapacidad para canalizar productivamente las tensiones y contradicciones del desarrollo capitalista.⁶ En la periferia – en particular en Latinoamérica – el estructuralismo debió enfrentar el rechazo creciente por parte de los sectores dominantes.⁷

Esa pérdida de “capacidad hegemónica” por parte del estructuralismo tuvo que ver con su incapacidad para conducir y superar la crisis pero, sobre todo, fue resultado del peso que a lo largo de dos décadas había adquirido una nueva fracción dominante: el capital con tendencia transnacional (sobre todo extranjero, pero también nacional). Dado que el estructuralismo veía a la burguesía nacional como el principal agente promotor del desarrollo, la dominación creciente del capital transnacional tornaría al estructuralismo clásico cada vez más inconsistente con su base material. El programa de desarrollo estructuralista no era ya compatible con la reproducción ampliada del capital en su fase transnacional: tendía a reproducir las bases sociales del poder de una clase tra-

⁵ Si bien la crisis del proyecto desarrollista en Argentina se manifestó a través del discurso del agotamiento de la etapa sustitutiva, en realidad consideramos que el desarrollismo había llevado hasta sus límites históricos el desarrollo capitalista periférico en el país. La crisis era la manifestación más patente de las dificultades de superación de esos límites dentro del marco de la estructura social y correlación de fuerzas sociales prevaleciente. El denominado “empate hegemónico” (Portantiero, 1977; O’Donnell, 1977) comenzó a ser fracturado a favor de los sectores dominantes a partir de 1975 cuando se inició el largo proceso de reestructura neoliberal en el país (Félez y Pérez, 2004; Basualdo, 2006).

⁶ En los países centrales el keynesianismo en su versión síntesis neoclásica enfrentó una crisis similar en el período.

⁷ “La crisis del desarrollismo significó la pérdida de la posición privilegiada que la CEPAL alcanzara en su primera década de funcionamiento, cuando llegara a ser la agencia ideológica por excelencia en América Latina” (Marini, 1999: 153).

bajadora cuyas necesidades y demandas se habían convertido en opuestas con las condiciones de valorización del capital en la era de su mundialización. La articulación “virtuosa” (si bien contradictoria) entre capital y clase obrera nacionales, ya no era posible.

Frente a esa transformación profunda en la naturaleza de los actores dominantes en el capitalismo en la periferia, el estructuralismo debió atravesar una transición de 25 años y una profunda revisión de sus fundamentos para volver a recuperar cierta respetabilidad. América Latina tuvo que atravesar el neoliberalismo para que las clases dominantes pudieran tomar al neoestructuralismo como un nuevo programa apto para ordenar el proceso de desarrollo capitalista en la periferia.⁸

La reestructuración capitalista llevada a cabo en Argentina en el proyecto neoliberal (y a través de él), permitió conformar un conjunto de nuevas condiciones para la valorización exitosa del capital en el nuevo contexto creado a nivel mundial por el mismo programa.

La salida de la convertibilidad a comienzos de 2002 marcó el cambio de época. El éxito del neoliberalismo en Argentina – en tanto programa de transformación de las relaciones sociales de producción que permitiera recomponer las condiciones de reproducción ampliada del capital – supera su derrota política y crea las bases de un nuevo patrón de acumulación de capital: el neo-desarrollismo (Félicz, 2007). En ese marco, el neoestructuralismo se convirtió en el esquema analítico de ese nuevo programa de las clases dominantes.

En Argentina, la salida de la convertibilidad marcó la contradictoria derrota política del neoliberalismo – luego de tres décadas de conflictos descarnados – junto a un claro triunfo estructural para los sectores dominantes (Félicz, 2011). El patrón de acumulación emergente se apoyaba en una exacerbada trasnacionalización, concentración y centralización del capital en la economía, el rol estratégico de las ramas extractivistas (particularmente, producción de soja y minería a cielo abierto) y la precarización laboral como elemento estructural del mercado de trabajo (Azpia-

⁸ En ese tiempo, el neoestructuralismo atravesó una fuerte revisión crítica en un camino de convergencia con el neoliberalismo (Sztulwark, 2005: 137). En esa transición el eje se desplazó de la industrialización a la estabilidad macroeconómica como base del proceso de desarrollo, de la superación de la condición periférica y el subdesarrollo a la transformación productiva con equidad (Sztulwark, 2005: 130, 137).

zu y Schorr, 2010; Féliz y López, 2010).⁹ Bajo este nuevo patrón de acumulación, el neoestructuralismo aportaba elementos claramente compatibles con las necesidades de reproducción ampliada del capital.¹⁰ Por ello, fue – poco a poco – convirtiéndose en el sustento teórico del nuevo desarrollismo.

El desarrollismo clásico se articulaba en torno a un proceso de industrialización en el marco de una economía poco abierta pero dependiente de las divisas que proveía el sector primario de la economía. La expansión del mercado interno era el complemento de una política de sustitución de importaciones sobre la base de la protección y la promoción de las industrias domésticas. Sin embargo, en el marco de la economía globalizada donde el capital transnacional ocupa posiciones dominantes en prácticamente todas las ramas de la economía, el neoestructuralismo reconoce la necesidad de sostener la acumulación ya no sobre la base del mercado doméstico sino fundamentalmente sobre la base del crecimiento exportador (Curia, 2007). Este es el pasaje descrito por Sunkel (1991) del desarrollo “hacia adentro” al desarrollo “desde adentro”.

En este nuevo contexto, el tipo de cambio no debería equilibrar intertemporalmente la cuenta corriente como propone la ortodoxia neoliberal o garantizar las divisas demandadas por el proceso de industrialización – como proponía el viejo estructuralismo – sino que debe asegurar la viabilidad competitiva de las industrias de intercambio que emplean tecnología avanzada (Bresser-Pereira, 2010: 130).¹¹ En Argentina esto supone que la política macroeconómica del neodesarrollismo registra abiertamente las necesidades de sostener la competitividad del gran capital, en particular en las ramas manufactureras, a través de la idea de apuntalar

⁹ El descubrimiento de reservas potencialmente enormes de gas y petróleo no convencionales (*shale*) en el subsuelo de la Argentina agregan una nueva faceta a la tendencia extractivista del país.

¹⁰ En América del Sur, y en Argentina de manera particularmente fuerte, el neoliberalismo fue derrotado en términos políticos. Esa derrota vino de la mano de la conformación de un nuevo sujeto social popular con nuevas demandas que pondría límites a las estrategias viables de desarrollo capitalista postneoliberales (Dinerstein, Contartese y Deledicque, 2010; Féliz y López, 2010). El neoestructuralismo aportaría elementos conceptuales importantes para canalizar y contener productivamente esas demandas.

¹¹ El superávit de la cuenta corriente sería el más relevante pues indica claramente si el tipo de cambio está siendo correctamente administrado para neutralizar la tendencia a la sobrevaluación cambiaria (Bresser-Pereira, 2010: 137).

un *tipo de cambio competitivo* (Curia, 2007) o *tipo de cambio real competitivo y estable* (Frenkel y Rapetti, 2004). El tipo de cambio elevado como objetivo de política económica permitiría evitar impacto negativo que la existencia de sectores rentistas – como el agroalimentario o minero – generan sobre la industria.¹² Según Bresser-Pereira, a diferencia del viejo desarrollismo que daba a las políticas industriales un papel estratégico, en el nuevo desarrollismo: “una tasa de interés moderada y un tipo de cambio competitivo son más importantes que la política industrial” (2010: 123).¹³ Esta última sólo debe usarse – estratégicamente – cuando las empresas que requieren asistencia son capaces de demostrar que pueden competir en el mercado internacional.

En un vuelco estratégico, el neoestructuralismo enfatiza la necesidad de apuntalar un crecimiento basado en las exportaciones. Al respecto Bresser-Pereira (2010) enfatiza que: “en la era de la globalización, el crecimiento liderado por las exportaciones es la única estrategia sensata para los países en desarrollo” (2010: 158), pero aclara: “siempre y cuando cuenten con la ventaja competitiva de la mano de obra barata”. En tal sentido estos autores defienden un patrón de acumulación que asume mantener *en regla* los costos laborales unitarios (Curia, 2007: 65) o – lo que es lo mismo – contener los aumentos salariales dentro de un patrón determinado de aumento de la productividad laboral. Curia denomina esta política “*balizamiento* de los salarios” (2007: 120).

El neoestructuralismo prioriza así “el formidable esfuerzo de formación de capital que la sustentabilidad del modelo requiere” (Curia, 2007: 99) exigiendo hallar un adecuado equilibrio entre la acumulación y la distribución a través de una política de ingresos activa.¹⁴ De aquí surge la necesidad de contener las demandas

¹² La búsqueda de una solución al clásico problema de las estructuras productivas desequilibradas (Diamand, 1972) y su consecuencia (la tendencia a la apreciación del tipo de cambio) es un tema clave en el nuevo estructuralismo (Bresser-Pereira, 2010).

¹³ Junto con el tipo de cambio *competitivo* – su pieza clave, el precio macroeconómico más estratégico – el neoestructuralismo fomenta *prácticas fiscales responsables* y una tasa de interés moderada: “Esté es el trípode político del nuevo desarrollismo” (Bresser-Pereira, 2010: 129). Propone un control sobre las cuentas públicas del Estado para garantizar un nivel de ahorro público positivo (superávit fiscal primario) y un deuda estatal baja junto con un control sobre las cuentas totales de la nación (cuenta corriente del balance de pagos).

¹⁴ En tal sentido, señalaba un referente del desarrollismo argentino que “resulta necesario compatibilizar el aumento en la participación de los asalariados en el in-

salariales a los fines de generar un nivel de tipo de cambio real adecuado a las necesidades de ahorro interno suficientes para sostener la acumulación de capital (Bresser-Pereira, 2010: 160). El balizamiento salarial articula: “en el mismo hito ... el proceso de formación de capital y la fórmula distributiva” (Curia, 2007:120).

El aumento en la tasa de inversión en capital fijo es la clave del proyecto neodesarrollista y el dual “tipo de cambio real elevado – moderación salarial” es la clave para lograr esa meta. En el desarrollismo clásico, la política económica se orientaba a atraer al capital extranjero quien proveerá el ahorro externo y – no menos importante – las divisas necesarias.¹⁵ El tipo de cambio era un instrumento cuyo papel central era la corrección del desequilibrio externo. En la etapa actual, la prevalencia de un exceso de capital en sus diferentes formas – financiera, productiva, comercial – lleva al neodesarrollismo a privilegiar la promoción de condiciones generales para la valorización del capital.¹⁶ La presencia preponderante del capital trasnacional en el espacio de valor argentino significa que para favorecer la acumulación capitalista el tipo de cambio real elevado es la opción más sencilla.

El neoestructuralismo propone que el crecimiento económico acelerado o “*sobrecrecimiento*” como lo denomina Curia (2007: 40) es el objetivo preponderante de la política económica. En esa estrategia, el tipo de cambio real es *la pieza clave* pues como “meta intermedia de las políticas macroeconómicas tiene el atributo de enfocar dichas políticas en los objetivos de empleo y crecimiento” (Frenkel, 2005). Si la fórmula distributiva supone la canalización de la evolución de los salarios dentro de la marca de la productividad laboral, el crecimiento económico (y del empleo) es colocado como el mecanismo primordial de redistribución del ingreso.¹⁷ El

greso con la expansión del ahorro y la acumulación” (Ferrer, 1980: 122).

¹⁵ El estructuralismo clásico asumía que el capital era escaso, por lo que se promovía el ingreso del capital extranjero. Sin embargo, la entrada del capital trasnacional en los 50 y 60 era vista como complementaria, y no sustituta del capital doméstico (nacional).

¹⁶ La última década ha caracterizado por un salto global en la cuenta corriente del balance de pagos de la mayor parte de las economías de Sudamérica. Al menos por el momento el problema de los típicos movimientos stop-and-go ha sido desplazado por la exigencia de atraer y contener al capital trasnacional para garantizar el crecimiento.

¹⁷ “La expansión del empleo es la base fundamental para aumentar los salarios reales y redistribuir ingresos a favor de los trabajadores... sólo sean viables, en el largo plazo” (Ferrer, 1980: 121).

aumento del empleo asalariado se presenta como el eje de la “inclusión social” en el marco del proyecto neodesarrollista.

3. Debilidades de la macroeconomía neoestructuralista

El programa del neoestructuralismo se presenta como una respuesta a las necesidades del conjunto de la sociedad. Como todo discurso que se pretenda hegemónico busca convertir la parcialidad de la posición e intereses de las clases dominantes en el sentido común del conjunto de las clases sociales. En la Argentina contemporánea – y con matices en el resto de América del sur – este programa macroeconómico es claramente acorde con las prioridades del sector hegemónico dentro de la clase dominante: la burguesía local transnacionalizada (Félez y López, 2010).¹⁸

El neoestructuralismo se convierte en la nueva economía política del capital (Félez, 2009b) aportando los fundamentos conceptuales de un programa acorde a las necesidades de garantizar la reproducción ampliada del capital. Por ello el proyecto neodesarrollista – y su marco teórico neoestructuralista – tienen un inocultable sesgo de clase.¹⁹

En primer lugar, la posición neodesarrollista asume la posibilidad de conformar un consenso nacional basado en “la solidaridad básica de clases al momento de competir internacionalmente” (Bresser-Pereira, 2010: 105).²⁰ En una línea de continuidad con la propuesta desarrollista original asume la unidad de intereses estratégicos de las clases sociales en el marco del capitalismo en la periferia. Pone como objetivo primordial la competitividad internacional sin comprender que ello implica subordinar todos los objetivos de la clase trabajadora a garantizar la capacidad expansiva

¹⁸ En Venezuela, Bolivia y Ecuador los procesos de cambio iniciados en la última década tienen como punto de partida el discurso neodesarrollista pero buscan avanzar – con dificultades – en la conformación de otra matriz conceptual para orientar el desarrollo (Socialismo del siglo XXI, Vivir Bien o Sumak Kawsay, etc.).

¹⁹ Marini señala como “las limitaciones del pensamiento cepalino son efecto de su vínculo umbilical con la teoría del desarrollo, además de representar un costo derivado de la posición de clase a partir de la cual la CEPAL realizó sus planteamientos” (Marini, 1999: 142).

²⁰ La presidenta argentina en un reciente discurso frente al empresariado industrial señaló que “me he convencido - al cabo de todo este tiempo - que no hay intereses más coincidentes que el de los empresarios con [el de] los trabajadores.” (Presidencia de la Nación, 1/9/2011).

del capital. La presidenta argentina, Cristina Fernández, recientemente ha expuesto claramente esta idea en su cerrada defensa del “capitalismo en serio” (Presidencia de la Nación, 3/11/2011). La “solidaridad básica” declamada supone poner siempre en primer lugar la generación de condiciones para el desarrollo capitalista y luego – en un segundo plano – las demandas de los/as trabajadores/as surgidas de sus propias expectativas, sueños y problemas. A ellos se les exige “moderar” sus exigencias salariales en función de un bienestar posible en un futuro indeterminado.²¹

Por otra parte, el programa neoestructuralista parece olvidar que en la etapa actual posneoliberal de la internacionalización del capital el actor clave de su estrategia de desarrollo – la burguesía nacional – ha desaparecido para ser reemplazada por una burguesía que es meramente local carente de “interés *nacional*”.²² La gran burguesía local opera como parte de las cadenas de valor globales y por ello sus intereses niegan la posibilidad de la conformación de un proyecto “nacional” con el conjunto del pueblo trabajador.²³ La capacidad de valorización a escala ampliada del capital global demanda la permanente compresión de la capacidad de consumo y disfrute de los trabajadores.²⁴ Las tendencias históricas ligadas a la super-explotación de la fuerza de trabajo en la periferia se re-

²¹ Esto no significa, por supuesto, que el crecimiento económico y la valorización del capital no permitan mejoras en las condiciones materiales de existencia de la clase trabajadora. Lo que constatamos es que la prioridad política es garantizar la valorización, mientras que las demandas populares en sentido amplio son siempre puestas en suspenso. En caso de duda (crisis de valorización) la prioridad es recuperar la capacidad expansiva del capital.

²² Ya hacia los años sesenta, en la Argentina era claro el dominio político de las fracciones más internacionalizadas del capital o, en aquellos años, el capital “extranjero” (Basualdo, 2006; Peralta Ramos, 2007). El período neoliberal terminó de consolidar esa dominación. En los últimos treinta años la cúpula del gran capital ha cambiado sustancialmente, transnacionalizándose: las empresas extranjeras pasaron desde 32% del total entre las grandes empresas no financieras a más de 66% en 2007 (Félix y López, 2010a). Por otra parte, las principales empresas “nacionales” tienen intereses crecientemente transnacionales (Azipazu y Schorr, 2010).

²³ Utilizamos el concepto de pueblo, trabajadores o pueblo trabajador como sinónimos pero en el sentido específico propuesto por Cieza (2006). Antunes (2001) propone una definición similar para referirse a la “clase-que-vive-del-trabajo”.

²⁴ Esto no implica que sostengamos de manera unilateral la tesis de la pauperización absoluta (o relativa) del pueblo. Más allá de la “exigencia” capitalista de presión a la baja salarial, los trabajadores también ejercen – de manera permanente, aun si las formas varían – una presión en sentido contrario (Lebowitz, 2005).

plican a escala ampliada en la era del capital trasnacional (Marini, 2007).

En tal contexto, es claro que las condiciones para establecer la declamada “solidaridad de clases” son improbables en tanto el programa económico neoestructuralista exige al pueblo trabajador financiar el crecimiento económico, la competitividad y la acumulación de capital sobre la base de su “ahorro forzoso” y la persistencia de la precarización de las condiciones de reproducción de sus vidas.²⁵ En el caso argentino, el exitoso proceso de crecimiento a partir de 2002 (con tasas de aumento del PBI de 8% promedio) implicó una transferencia de ingresos desde el pueblo trabajador al sector capitalista que equivale a un promedio anual de 6,6% del valor agregado a costo de factores durante los primeros 7 años del nuevo patrón de acumulación (2002-2009).²⁶ Por otra parte, si bien una fracción del pueblo trabajador (la clase obrera más formalizada y sindicalizada) ha conseguido niveles de salario superiores a los de 2001 luego de 7 años, una porción mayoritaria (trabajadores asalariados informales y empleados del sector público) todavía no recuperan las remuneraciones reales previas a 2002.

En segundo lugar, el planteo neodesarrollista se posiciona en una lectura heterodoxa – enfrentada discursivamente a la posición neoliberal – pero continúa negando la funcionalidad de la política macroeconómica del Estado en la periferia a la reproducción del capital global (Panitch y Gindin, 2005).²⁷ Por ello intenta contraponer el neodesarrollismo – y el desarrollismo – al neoliberalismo como si sus diferencias fueran la presencia o ausencia de un Estado orientador del desarrollo. En tal sentido, considera al Estado como un actor neutral frente a los actores de clase y sus intereses, unilateralmente por encima de las clases sociales. Esto impide ver al Estado como una relación social que expresa la correlación de fuerzas sociales (Poulantzas, 1979), como espacio en disputa (Clarke, 1992), en síntesis, como parte de la relación capital (Holloway, 1992) y –por lo tanto – reproduciendo sus con-

²⁵ Como explicaba Marini (1973) la super-explotación de la fuerza de trabajo es la base de la acumulación de capital en la economía periférica. La crisis del neoliberalismo (y su superación dialéctica, el neodesarrollismo) sólo ha profundizado esa tendencia (Félix, López y Hayes, 2009).

²⁶ Esta transferencia resulta de que el período considerado la participación del salario en el ingreso se ha mantenido por debajo del valor de 2001.

²⁷ El Estado sigue siendo visto por el neoestructuralismo como el “reino de la razón, operando por encima de los conflictivos intereses de clases [...] y propiciando la búsqueda del bien común” (Osorio, 2003: 148).

tradiciones. De allí que el neoestructuralismo tenga una interpretación externa de los cambios en la acción del Estado a través del proceso histórico.

En Argentina, durante el desarrollismo clásico el Estado avanzó en la construcción de condiciones generales para la reproducción ampliada de un capitalismo en transnacionalización.²⁸ A través del neoliberalismo, el Estado fue mutando para canalizar las demandas de la gran burguesía promoviendo la reestructuración general del capital y la fuerza de trabajo.²⁹ En esa etapa, la derrota circunstancial de la clase trabajadora permitió al poder estatal avanzar en la mercantilización de la sociedad, impulsando la flexibilización laboral y un proceso de centralización, concentración e internacionalización del capital (Félix, 2011; Azpiazu y Schorr, 2010). La crisis del neoliberalismo fue también la crisis de esa forma de Estado como parte de la crisis orgánica. El Estado en el neodesarrollismo, por su parte, se constituye como mediación para recomponer la capacidad hegemónica del gran capital transnacionalizado (que estructuralmente había ganado la partida) frente a un pueblo trabajador que a través de la crisis neoliberal había recuperado cierta capacidad política.³⁰ El Estado – bajo una nueva forma – creará condiciones macroeconómicas para la reproducción ampliada del capital a la vez que intentará canalizar, contener y normalizar conflictivamente las presiones y demandas populares.³¹

En Argentina, la combinación del tipo de cambio alto con la política de ingresos (contención salarial, políticas sociales compensa-

²⁸ Esto incluyó la incorporación del gran capital extranjero en numerosas ramas de actividad, y la concentración y centralización del conjunto del capital. (Peralta Ramos, 2007; Basualdo, 2006; Azpiazu y Schorr, 2010)

²⁹ En algún sentido, como señala Harvey (2007) a través del neoliberalismo el Estado se convirtió – abiertamente y casi sin mediaciones – en el administrador de los asuntos e intereses de la clase capitalista.

³⁰ En Argentina la salida del neoliberalismo tuvo la forma de crisis del “plan de Convertibilidad” (forma concreta del neoliberalismo en su última etapa, 1991-2001). A través del mismo, los sectores más transnacionalizados del gran capital ganaron una posición de dominio estructural que quedó de manifiesto cuando el neoliberalismo concluyó (Ortiz y Schorr, 2007; Félix y López, 2010).

³¹ En rigor, fueron las fuerzas políticas en el Estado (el gobierno de Duhalde en 2002 y el gobierno de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner entre 2003 y 2011) las que impulsaron el cambio en la forma del Estado. Efectivamente, el llamado kirchnerismo se convirtió en la fuerza que supo convertirse en representación política de la reproducción de los intereses dominantes, a través del Estado.

torias, etc.) pretenden canalizar esas tendencias contrapuestas. El neodesarrollismo en Argentina tiene como núcleo fundamental de política económica un tipo de cambio alto que supone mantener los ingresos de los trabajadores/as dentro de los cánones establecidos con posterioridad a la crisis de 2001.

El dólar caro busca permitir a los oligopolios locales sostener una competitividad elevada y capturar una porción mayor de los mercados mundiales y de las ganancias globales. En este marco, como sugiere Blecker (1999), el gobierno no necesita *elegir a los ganadores* pues “todos los oligopolios locales comparten los beneficios de las políticas pro-competitivas” (Blecker, 1999: 131).³² Por otra parte, en la etapa actual la existencia de instituciones internacionales como la Organización Mundial de Comercio (OMC) reduce el margen de maniobra para la utilización de la promoción de las exportaciones, por lo que – a la luz del objetivo de la competitividad a toda costa – la política cambiaria se convierte en un medio privilegiado de intervención.³³ Esto no quita que desde el Estado se apuntale la competitividad de las fracciones dominantes del capital por la vía de subsidios directos e indirectos (Azpiazu y Schorr, 2010; Castellani, 2009).³⁴

En tercer lugar, la versión neoestructuralista del desarrollo capitalista ignora o caracteriza erróneamente un elemento clave del patrón de acumulación dependiente: la rigidez del consumo conspicuo de los sectores dominantes. En efecto, Bresser-Pereira (2010) estima que la expansión del excedente acumulable y una política de bajas tasas de interés aumentarán la inversión por la vía del desplazamiento del consumo suntuario o conspicuo. Evita

³² En efecto, la política cambiaria del gobierno argentino ha permitido desde 2003 garantizar un salto en la competitividad global el gran capital: la tasa de ganancia neta sobre el capital circulante aumentó un 120% entre 2001 y 2008 (Félez, López y Hayes, 2009).

³³ La OMC se ha convertido en un organismo esencial para la aceleración de la internacionalización del capital. Al impedir los mecanismos de discriminación directa a favor de los capitales locales (algo común en los años sesenta), la política de la OMC fortalece las exigencias del gran capital para que el Estado utilice la política cambiaria – con sus consecuencias distributivas – como mecanismo general de promoción.

³⁴ La participación de la Argentina en la OMC y la pertenencia al CIADI (organismo del Banco Mundial para la defensa de los derechos de las corporaciones transnacionales), entre otros organismos internacionales, no es un hecho de la naturaleza ni una condición inmutable, como lo muestra la República Bolivariana de Venezuela (que en 2012 decidió denunciar y abandonar el CIADI).

señalar que en las economías de la periferia los sectores dominantes tienen un patrón de consumo fuertemente dependiente (Furta-
do, 1974). Estos sectores buscan mantener un estándar de gasto personal que tiene como referencia los patrones de las burguesías en los países centrales en lugar de las condiciones locales. Esto conduce a los sectores dominantes a demandar una sobre-apropiación del excedente social y un consumo elevado en proporción al ingreso y al consumo del pueblo trabajador.³⁵ Consecuentemente, se conforma una rigidez estructural en la masa de plusvalor que es desviada a gastos que son improductivos – desde el punto de vista de la acumulación – aunque no operan en desmedro de la rentabilidad o el crecimiento a corto plazo.³⁶

El neoestructuralismo falla en reconocer el lugar del consumo conspicuo como alternativa de producción y realización del plusvalor frente a la inversión. Esto explica por qué en Argentina, a pesar del salto en las tasas de rentabilidad del capital y las bajas tasas de interés domésticas, los niveles de inversión globales permanecen relativamente bajos y – de todas maneras – el crecimiento económico global permanece acelerado (Féiz y López, 2010).³⁷ Como explica Marini (1979), la política de contención de los salarios y la superexplotación laboral es perfectamente compatible con una tasa de inversión baja pues el consumo ostentoso de las clases dominantes crea mercados altamente dinámicos y rentables.³⁸

³⁵ En el caso argentino, según el Banco Mundial (2011) el decil más rico de la población apropia un 33,6% del ingreso en 2009 mientras el 10% más pobre apropiaba el 1,5%. En Italia, por ejemplo, la relación era de 26,8% a 2,3% en 2000.

³⁶ Tanto los gastos suntuarios como los salarios son improductivos desde el punto de vista del capital en tanto no contribuyen a su reproducción ampliada. Sin embargo, ambos gastos colaboran en la realización de la ganancia (Kalecki, 1933) aunque no favorezcan su ampliación (Marini, 1979).

³⁷ Manzanelli (2011) señala como un rasgo específico del gran capital en Argentina su “reticencia inversora”. Efectivamente, mientras la tasa de inversión para el conjunto de la economía aumentó levemente, de 20,7% del PBI a 21% entre 1993-2001 y 2002-2009, para el conjunto de las grandes empresas esa relación cayó de 24,7% a sólo 14,7%.

³⁸ El carácter rentista de la economía reduce la necesidad de reinversión local del plusvalor. La renta extraordinaria es producto de condiciones excepcionales y por ello no es resultado directo del volumen de inversión. En tales circunstancias, en Argentina una buena parte de la elevada rentabilidad del capital no necesita ser reinvertida para recrear las condiciones que la generan (abundancia de riquezas naturales, elevada concentración del capital, subsidios estatales, etc.). Por ello, buena parte de los ingresos apropiados por el capital pueden ser consumidos suntuariamente o simplemente “fugados”.

Por último, frente a la posición neoliberal que asume que el tipo de cambio real está fuera del control del gobierno, el neoestructuralismo asume a la política cambiaria como principal instrumento de la política macroeconómica.³⁹ El tipo de cambio real elevado es el mejor indicador de la competitividad del capital local.⁴⁰

Sin embargo, como muestra Shaikh (1999), el tipo de cambio real no es simplemente un instrumento de la política económica sino que su nivel es resultado de la articulación de fuerzas creadas por la tendencia a equiparar la tasa de ganancia de los capitales reguladores a escala internacional.⁴¹ Esto significa que el tipo de cambio real – y por lo tanto la competitividad – es resultado de la interacción entre los salarios reales, la productividad laboral y la tasa de ganancia del conjunto del capital local frente al capital competitivo global (Féliz, 2011, 2009a). En el marco de la competencia global del capital por el control de los espacios de valorización, la dinámica de la acumulación de capital en un espacio territorial llevará al tipo de cambio real a elevarse sí y sólo sí los capitales locales dominantes consiguen forzar la caída relativa en el salario real y/o el aumento relativo en la productividad laboral.⁴²

En tanto el neoestructuralismo no cuestiona la hegemonía del capital transnacional en la economía periférica, la tasa de ganancia se asume como una variable exógena.⁴³ En esas condiciones, eso implica que el Estado neodesarrollista buscará mantener la competitividad sobre la base de aumentar la productividad relativa o contener la evolución salarial. En la práctica, el neoestructuralis-

³⁹ En la economía política neoclásica el tipo de cambio real es interpretado como una variable endógena que se orienta –a través de la fuerza del “mercado”- a la necesidad de equilibrar el balance de pagos.

⁴⁰ Como ya señalamos, el desarrollismo en su era clásica usaba el tipo de cambio como instrumento para corregir los desequilibrios en el balance de pagos. La promoción de la acumulación capitalista se realizaba –fundamentalmente– por medio de la protección aduanera y la política de subsidios.

⁴¹ Los capitales reguladores son aquellos que tienden a determinar el precio de mercado en cada rama productiva (Féliz y Sorokin, 2008; Féliz, 2011).

⁴² La “elevación” del tipo de cambio real es lo mismo que la “devaluación” de la moneda local.

⁴³ Desde el punto de vista del conjunto del capital, la tasa de ganancia resulta de la correlación de fuerzas sociales que establece una determinada apropiación privada del excedente social bajo la forma de plusvalor. En el espacio nacional, la competencia global lleva a los Estados neodesarrollistas a intentar crear las condiciones sociales para conseguir – al menos – esa tasa de ganancia media. En ese sentido, la política de contención salarial juega un papel fundamental.

mo asume que el único instrumento bajo su control es el salario nominal y – de manera mediada – el salario real.⁴⁴

Como señalamos en la sección anterior, el neodesarrollismo buscará mantener *en regla* el salario real para garantizar los objetivos de reproducción ampliada de las relaciones sociales capitalistas (es decir, la competitividad sistémica). En el marco de la estrategia neodesarrollista la presión de la competitividad está siempre puesta sobre los trabajadores quienes *deben moderar* sus demandas de mejoras en las condiciones de vida todo ello en pos de la acumulación capitalista sostenida en el tiempo.⁴⁵ En este esquema analítico, la competitividad sólo puede ser mantenida conformando una matriz distributiva, que contenga los salarios dentro de una adecuada “fórmula distributiva” (Curia, 2007).

4. Límites y barreras del neodesarrollismo: la crisis como fundamento del desarrollo capitalista

La estrategia del neodesarrollismo asume que la crisis macroeconómica (capitalista) puede ser desplazada indefectiblemente en el tiempo y el espacio. De la misma manera que la ortodoxia neoclásica buscaba *demostrar* la imposibilidad de la crisis (Carcanholo, 1999), hoy el neoestructuralismo la reemplaza como referente de un futuro sin sobresaltos. Al igual que el desarrollismo de los sesenta, las esperanzas de crecimiento sostenido se colocan en la capacidad estatal de asegurar la fórmula distributiva y en la ilusión de una clase capitalista – ayer nacional, hoy meramente local – con espíritu emprendedor dispuesta a invertir si se crean las condiciones adecuadas.⁴⁶

⁴⁴ El control del salario real se produce a través de una política salarial que intenta contener las demandas salariales dentro de los parámetros establecidos por la evolución de la inflación y la productividad del trabajo. Las demandas que superan esos límites (y tienden a reducir la rentabilidad del capital) son vistas como “excesivas”.

⁴⁵ En Argentina, desde 2002, el salto en la rentabilidad y el magro desempeño de la productividad relativa del trabajo han puesto una fuerte presión sobre los salarios reales. Dado que la rentabilidad se ha mantenido bien por encima de los niveles medios de la década anterior, los salarios reales – si bien se han recuperado parcialmente – son forzados a compensar por el estancamiento en la productividad relativa – en la industria manufacturera – entre 2002 y 2009 (Féiz, 2009a).

⁴⁶ En el caso de la Argentina, Notcheff (1994) fue quien más claramente expresó sus dudas respecto a tal actitud de parte de la burguesía local.

Ambos enfoques son, en definitiva, funcionales a los intereses de los sectores dominantes y – a su manera – expresan sus esperanzas de control indefinido de la acumulación. La ausencia de la idea de crisis en el horizonte conceptual del neodesarrollismo – al igual que en su momento en el neoliberalismo triunfante – manifiesta para los sectores hegemónicos sus expectativas e ilusiones de completo dominio sobre las condiciones sociales y políticas de reproducción. Claro está, la realidad va más allá de las expectativas del gran capital y – en efecto – la crisis capitalista está siempre a la vuelta de la esquina, siempre lista para llevar adelante los ajustes en las variables que se *desvían* de sus “valores naturales”.

Es decir que más allá de las expectativas del neodesarrollismo, la crisis económica tiene su fundamento en el desarrollo de las contradicciones que son inmanentes a una forma de reproducción social de base contradictoria. Las relaciones que fundan la sociedad van orientando –en un particular desarrollo histórico– un derrotero que obliga al capital a buscar superar barreras que él mismo pone y eventualmente enfrentar sus propios límites. Estos límites – a diferencia de los primeros – son escollos sólo desmontables a través de la crisis abierta. Las barreras pueden, por el contrario, ser desplazadas o superadas temporalmente sin alterar la estructura del marco de acumulación/valorización de capital. El neodesarrollismo tiene sus propias barreras y límites. Ellos son en muchos aspectos distintos a las barreras y límites presentes durante el neoliberalismo pero siempre operan como mecanismos necesarios de su propio desarrollo.⁴⁷

Aunque discursivamente la crisis intenta ser desplazada a un futuro indeterminado, como mera posibilidad, el neoestructuralismo con su preocupación casi exclusiva por la competitividad internacional ubica a la crisis como su negación absoluta. Sin embargo, la paradoja es que en esta modalidad de desarrollo, la incapacidad de competir se traduce inmediatamente en la necesidad del *ajuste*. Esta será la contracara de la política de competitividad internacional que el propio capital – ahora en su faceta neodesarrollista – busca imponer como paradigma de desarrollo.

¿Pero qué significa esto de imponer y apuntalar la competitividad? La estrategia neoestructuralista de desarrollarse sobre la base de privilegiar la competitividad internacional implica que el país busca ganar espacios en el mercado mundial, abriendo

⁴⁷ En otro trabajo analizamos en detalle estos mecanismos para el caso de Argentina (Félez y López, 2010, 2012).

mercados para *sus empresas nacionales*⁴⁸ (Félix, 2009b). Por supuesto, esto supone que las empresas localizadas en un espacio territorial periférico ganarán espacio en los mercados mundiales a costa de desplazar a los capitales de otros espacios económicos que perderán posiciones. Debido a que ganar competitividad supone básicamente reducir los costos unitarios de producción, las ganancias propias son las pérdidas ajenas.⁴⁹

Los espacios nacionales perjudicados –aquellos que se manifiestan como poco competitivos– se verán forzados a ajustarse (reducir salarios, despedir trabajadores, aumentar la productividad) para no ser dejados de lado por *los mercados*. En los proyectos de desarrollo capitalista, el resultado es siempre que *nuestro* triunfo (nuestro “desarrollo”) es a costa de los trabajadores y trabajadoras de otros países. Si nosotros ganamos es porque ellos pierden. Dentro de esas reglas de juego, nuestro trabajo se logra a costa del trabajo de otros. En consecuencia, la forma de desarrollo capitalista supone que ganar es siempre *empobrecer al vecino* – el de la otra cuadra, del otro barrio, del otro municipio, provincia, país, región -. Ellos *aparecen* – porque *lo son* en esta forma de desarrollo – como nuestros enemigos en esta carrera por valorizar incesantemente el capital. La competitividad es un concepto relativo y no absoluto: supone un objetivo móvil pues involucra una carrera permanente por mantener una ventaja o reducir la desventaja relativa. El ajuste permanente es consustancial con el objetivo de la competitividad.

Frente a la falta de competitividad que aparece como barrera a la expansión del capital, las empresas deberán reducir su personal, los trabajadores aumentar su rendimiento o su esfuerzo, ampliar su jornada laboral o su *capital humano* y postergar – para un futuro siempre indefinido – sus demandas de mejoras en las condiciones laborales incluyendo sus magros salarios. Todo esto so pena de aparecer como ineficientes, incapaces de honrar al Dios mercado.⁵⁰

⁴⁸ En realidad, como señalamos antes las beneficiadas por esa política sería todas las empresas de capital local incluyendo a las transnacionales que controlan la mayor parte de la producción doméstica y el comercio de exportación.

⁴⁹ La política de competitividad privilegia la redistribución global del valor – y el plusvalor – antes que la generación de nuevo valor. En tanto, la mayor competitividad se obtiene a través de una mayor productividad o una contención de los salarios, esa competitividad no implica una mayor producción de valor sino sólo su redistribución local e internacional, entre las distintas fracciones del capital y entre el trabajo y el capital en su conjunto.

⁵⁰ Que es lo mismo que decir al Dios capital. La metáfora divina no es sólo retórica

Cuando perdemos el don de la competitividad, la fuga, el desabastecimiento, la falta de crédito, los despidos, las suspensiones y el *lock-out* empresarial se convierten en las respuestas del capital para recuperar espacios en el mercado mundial.⁵¹ ¿Qué son todas ellas sino – como explicaba Kalecki (1943) – manifestaciones de la huelga de inversiones con las que el capital busca recomponer en términos más ventajosos para sí las relaciones sociales de producción?

La paradoja es que la política del ajuste es la base de esta forma de desarrollo aun en los momentos de auge y no sólo una opción de la economía política del capital en la crisis. En la etapa de expansión, esta lógica se expresa bajo la forma de demandas de moderación salarial o de aumentos en la intensidad laboral y la productividad; en la caída se presenta como la exigencia del recorte en el empleo y los salarios. Es decir, que la política del ajuste competitivo orienta tanto la estrategia neodesarrollista como la neoliberal. Lo que cambian son las tácticas, las formas de manifestación, los instrumentos.

En el neoliberalismo el ajuste que se produce es función inmanente de la reestructuración social y productiva. El ajuste es la forma que tiene el capital para imponer sobre la sociedad (sobre el trabajo y sobre sí mismo) la necesidad de recomponer determinadas relaciones de valor. En la etapa actual (neodesarrollista) el ajuste aparece bajo otra forma. En un contexto expansivo (luego del triunfo estructural del proyecto neoliberal) ajustar significa que las mayorías populares deben limitar sus demandas, contener sus expectativas, canalizar productivamente sus exigencias. Esto requiere que las fracciones organizadas del pueblo trabajador se incorporen al Estado fortaleciendo las instituciones de mediación de vieja data (tradicionalmente vinculadas al movimiento obrero

pues si algo caracteriza al mercado – como a la idea de Dios – es su tendencia a la ubicuidad y – sobre todo – a una invisible omnipresencia. Como señala De Angelis (2007) la tendencia del capital es constituir al mercado como una gran panóptico, una meta-estructura que todo lo ve sin jamás ser visto. Es un mecanismo de disciplinamiento que funciona fundamentalmente imponiendo sus valores y reglas en las prácticas – y conciencias – de todas/os, intentando replicar al infinito su necesidad de auto-expansión.

⁵¹ Las respuestas del capital frente a la falta de competitividad son casi siempre acciones inconexas y descentralizadas que se imponen de manera impersonal sobre los actores individuales. Por supuesto, el capital – a través de sus organizaciones políticas representativas, más o menos corporativas – demandará que el Estado intervenga para coordinar y canalizar el ajuste *exigido*.

organizado como las Comisiones Paritarias, o el Consejo del Salario Mínimo, Vital y Móvil) o nuevas formas de gestión del conflicto social y las demandas populares (vinculadas a las nuevas experiencias organizativas del pueblo; Dinerstein, Contartese y Deledicque, 2010; Féliz y López, 2010b).

En síntesis, la búsqueda de competitividad como piedra de toque de las políticas económicas supone privilegiar – siempre – la ganancia empresaria y, sobre todo, los valores del capital: la competencia como medio de desarrollo, la producción por la producción misma, los costos y beneficios privados por sobre los intereses de la sociedad. El ajuste es parte de la psicología del capital: crecer siempre y a toda costa, exprimiendo sin parar cada átomo de trabajo disponible. En ese marco, la crisis y el ajuste aparecen siempre como manifestación de las barreras que el desarrollo del capital encuentra y como instrumento para intentar su superación.⁵² El límite último es, por supuesto, el capital mismo.⁵³

5. ¿Es posible una alternativa al neoestructuralismo? Fundamentos de una macroeconomía del pueblo trabajador

Como hemos discutido, el neoestructuralismo es el basamento teórico del neodesarrollismo en la periferia. En particular, en los países más poderosos de América del Sur (como Argentina y Brasil) se ha convertido progresivamente en la nueva economía política del capital. Esto significa que la propuesta neoestructuralista y el proyecto neodesarrollista que ella encarna tienen un fundamento de clase abiertamente (aunque no transparentemente) vinculado al desarrollo de los intereses del conjunto del capital y en particular de sus fracciones dominantes.

La economía política del capital fue claramente analizada por Marx

⁵² En el marco de un particular proyecto hegemónico (desarrollismo, neoliberalismo, neodesarrollismo) el capital “enfrenta límites que él mismo se pone y asimila como barreras a superar” (Gandarilla Salgado, 2003: 36). Ellos dan cuenta del desarrollo de las contradicciones sociales de cada proyecto. En tanto barreras son superables dentro del mismo. Si tales barreras son sólo superables a través de un desplazamiento del proyecto de desarrollo vigente, ellas serán esencialmente límites (aun si dentro del capitalismo) (Féliz y López, 2011).

⁵³ Este límite supone la imposibilidad de superar al trabajo como fuente del valor. Esa es la única barrera que el capital no puede superar, su verdadero límite es pues “el capital mismo” y por tanto su exterior constituyente: el trabajo, la clase obrera (Lebowitz, 2005: 59).

(Lebowitz, 2005). Ella se basa en la relación social (el capital) que impone como fuerza *natural* la lógica de la capitalización, valorización y mercantización. La expresión $D - M [MdP, FdT] - \dots P \dots - M' - D'$ caracteriza de manera simple pero precisa el contenido de esa relación.⁵⁴ El impulso dominante del capital es la valorización permanente del valor. El mismo conduce y requiere de la reproducción ampliada de las relaciones sociales mediadas por el valor y el dinero como capital. De allí que en su naturaleza esté la conversión de toda actividad humana en un medio para esa expansión. El trabajo se convierte en mera fuerza de trabajo y luego en capital humano; las riquezas naturales pasan a ser recursos naturales; las relaciones humanas se convierten en capital social. En el neodesarrollismo la prevalencia de la valorización y reproducción ampliada del capital transmuta en la carrera de la competitividad.

La economía política del capital y sus fundamentos están en la base de la economía política dominante a través de las distintas facetas del desarrollo capitalista. Con sus diferencias profundas, la economía política clásica (no marxista), el liberalismo de los primeros años del siglo XX, el desarrollismo clásico, el neoliberalismo y, finalmente, el neodesarrollismo estructuralista han ocupado ese lugar privilegiado compartiendo un rasgo común: ser el fundamento conceptual de interpretación y acción en el mundo por parte de los sectores dominantes.

Sin embargo, aun si hoy es dominante, el neodesarrollismo enfrenta serios cuestionamientos – si bien aun poco articulados – desde sectores organizados del pueblo. Frente a la macroeconomía del neodesarrollismo, los sectores populares vienen proponiendo desde hace tiempo los fundamentos de lo que podría ser una macroeconomía del pueblo trabajador.

Frente a la economía política del capital – que como señalamos remite esencialmente a la búsqueda permanente de la competitividad – puede vislumbrarse una suerte de alternativa que – con un fundamento radicalmente diferente – constituye una economía política de los trabajadores y las trabajadoras (EPTT). Esto permite prefigurar y construir los elementos de una política para el desarrollo que funge como alternativa al proyecto privilegiado por los sectores dominantes.

Esa otra economía política violenta la racionalidad capitalista que tiende a imponerse por la fuerza de las relaciones sociales

⁵⁴ Recordemos que D es dinero, M una serie de mercancías (FdT, fuerza de trabajo, y MdP, medios de producción), P un proceso productivo que permite crear nuevas mercancías (M') pero también valorizar el valor original (D'>D).

dominantes. En las prácticas cotidianas de luchas reivindicativas por mejorar las condiciones de vida dentro de la sociedad del capital – la actual sociedad posneoliberal – los trabajadores y las trabajadoras organizados/as enfrentan en los hechos esa tendencia hegemónica.⁵⁵ A partir de otros valores y partiendo de la necesidad de reproducir sus propias condiciones materiales de existencia, plantean los elementos de aquello que quieren para vivir bien.⁵⁶

Esas prácticas delimitan una EPTT que parte de ubicar como centro a las personas y sus relaciones no mediadas. De algún modo, se proponen invertir la ratio capitalista y construir un circuito cuyo punto de partida podría representarse como la inversión del ciclo del capital: H - M (D) - ... P'... - H'. Esa relación invertida supone un proceso de producción del mundo (P') cuyo eje es la reproducción de los seres humanos (H) en nuevas condiciones (H') ya no como medios sino como fines, y donde las mercancías y el dinero son sólo medios para tales objetivos.

Una alternativa popular al programa del capital – hoy, una opción al neodesarrollismo – debería partir de estas prácticas y experiencias de lucha. Señalamos a continuación algunas líneas orientativas de tal alternativa.

En primer lugar, la macroeconomía de los sectores populares debería priorizar la expansión de las condiciones de producción y reproducción de los trabajadores y las trabajadoras. Esto surge de la exigencia histórica de garantizar niveles salariales y condiciones de vida y de trabajo que permitan una vida digna (Féliz, 2010b). Esto significa que la política macroeconómica debe privilegiar la expansión de los salarios por encima de la evolución de los precios y la productividad laboral. A corto plazo, esto permitirá acercar los salarios medios a la canasta familiar a la vez que crea los incentivos económicos para orientar la producción de bienes y servicios hacia la satisfacción de las necesidades populares.

⁵⁵ Ese rechazo a las prácticas del capital por parte del pueblo trabajador no siempre es conciente. Sin embargo, como sostiene Dussel (1988) el trabajo posee una exterioridad inmanente – constitutiva – frente al capital, exterioridad que le permite confrontar su tendencia a incluir todo (la vida, el trabajo, el tiempo libre, la naturaleza) como parte del mismo. El trabajo *nunca* es complementemente subsumido en el capital (Cleaver, 1992).

⁵⁶ Estas prácticas incluyen desde las luchas cotidianas por mejores condiciones de trabajo (incluyendo mayores salarios) a las exigencias de autogestión obrera, desde las acciones por la soberanía alimentaria hasta la lucha contra la privatización de los servicios esenciales (Féliz, 2009b).

La macroeconomía kaleckiana muestra como la expansión política de los salarios puede reorientar la demanda global y la producción garantizando el equilibrio macroeconómico. En el caso argentino, dado que existe una fracción significativa del excedente social que en la actualidad se destina al consumo suntuario, una política de recomposición salarial sistemática sería viable sin afectar la capacidad de acumulación global.⁵⁷ Si bien esta estrategia reduciría la masa de plusvalor global disponible, ello puede ocurrir – en principio – sin restringir la inversión productiva. La principal restricción a esta política esta ligada a la mencionada rigidez estructural en la tasa de ganancia (vinculada a la transnacionalización del capital) y el consumo suntuario (vinculada al carácter dependiente de los sectores dominantes).⁵⁸

En segundo lugar, las restricciones a una política de redistribución de ingresos en el espacio primario de su generación requiere avanzar – en paralelo – en otros mecanismos de redistribución secundaria que den cuenta de las demandas populares de ingreso y condiciones de vida a la vez que permiten construir condiciones para transformaciones más profundas. La realidad marca que tal cual fue concebido el sistema de previsión social no puede funcionar más en tanto no es financiable y está sujeto a innumerables injusticias y arbitrariedades (CECSO, 2010). La respuesta ortodoxa frente a esto es aumentar las exigencias para recibir beneficios – aumentar la edad jubilatoria o los años de aporte al sistema, crear condicionalidades para los beneficiarios no contributivos, etc. – o reducir tendencialmente los beneficios otorgados a fin de ajustarlos *actuarialmente* a las condiciones reales del mercado laboral (precariedad, empleo en negro, bajos salarios). Las exigencias populares – por el contrario – dan cuenta de que otro paradigma es necesario y por ello posible: debe pensarse la previsión social como un derecho universal, no ligado a las condicio-

⁵⁷ Tengamos en cuenta que según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) de Argentina en el 2do trimestre de 2011 – por ejemplo – los hogares en el decil superior de ingresos recibían el 28,4% del ingreso total, mientras que el decil más pobre recibía el 1,8%; los ingresos medios eran 15,6 veces superiores unos a otros. Estos ingresos no incluyen lo apropiado, no distribuido por las empresas y destinado a la inversión por su parte.

⁵⁸ Paradójicamente las rigideces estructurales – tan caras a la economía neoclásica como fuente de desequilibrios – no son responsabilidad de las trabajadoras y los trabajadores (*los sospechosos de siempre*) sino fundamentalmente producto de la reticencia del capital y sus representantes de ceder espacios en la orientación del proceso de desarrollo.

nes particulares de participación en la economía capitalista (Félicz, 2008b).⁵⁹ Un programa generalizado de redistribución de ingresos permitiría simultáneamente eliminar las condiciones de pobreza que son extendidas en nuestros países – en particular, en Argentina donde abarca no menos del 20% de la población (López, 2011) – y ampliar los márgenes de la democracia real.⁶⁰ En este último sentido, la eliminación de hecho de la exigencia de convertirse en mercancía para vivir – trabajar a través del mercado de trabajo capitalista – aumentaría la autonomía y libertad de los sectores populares creando espacio material para ampliar la posibilidad de cambios socio-políticos más amplios (Félicz, 2010).

Tercero, de lo anterior se desprende asimismo la necesidad de reorientar la política fiscal del Estado. El neoestructuralismo asume que el motor del desarrollo es el núcleo capitalista de la sociedad y que su promoción es fundamental. De allí que sostenga la necesidad de articular la política pública en torno a favorecer las condiciones de su competitividad. En parte esto se manifiesta en la política fiscal moderada (bajos niveles de gasto público, altos niveles relativos de gasto en servicios económicos y superávit fiscal) con el fin de garantizar la sustentabilidad de la deuda pública (su permanente renegociación para el garantizar su pago) y en particular el acceso al mercado internacional de capitales (Félicz y López, 2010). Por el contrario, una política fiscal popular debería propiciar la reorientación del gasto público hacia la creación de infraestructura social – no simplemente económica – atacando simultáneamente los déficits en servicios básicos y creando una demanda de fuerza de trabajo sostenida. Esto supone reorientar la tributación ampliando la base imponible de los ingresos suntuarios y las rentas extraordinarias. Por otra parte, el financiamiento internacional de la acumulación – a través del endeudamiento y la inversión extranjera directa – debería ser evaluado en función de las necesidades reales de capital y objetivos de orientación social

⁵⁹ En Argentina, desde mediados de los noventa la creación de un ingreso universal básico para todos los habitantes (bajo diferentes nombres y particularidades) se ha convertido en una de las demandas básicas de organizaciones populares tan diversas como la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) como los movimientos de trabajadores desocupados (MTD) o un organizaciones sociales multisectoriales como el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) o la Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de Argentina (COMPAs) (Félicz, 2010b).

⁶⁰ El programa Asignación Universal por Hijo/a es un paso en tal sentido pero por diferentes motivos es muy limitado y por ello no cumple con los objetivos que señalamos.

de la inversión y no quedar sujeto a las estrategias del gran capital transnacionalizado.

Estos tres ejes actuarán de manera complementaria para promover una dinámica más ligada a la producción de las condiciones de vida del pueblo trabajador y simultáneamente establecer las bases para un desarrollo con mayores niveles de involucramiento popular.⁶¹

Es claro que, por sí sola, la reorientación de la economía hacia una macroeconomía del salario, o un crecimiento liderado por el salario, enfrenta serias dificultades en las actuales economías transnacionalizadas. Sin embargo, con Gordon (1995), nos interesa enfatizar las ventajas de una política que, por un lado, desplace y reoriente las condiciones generales para la inversión y, por otro, altere los incentivos hacia la cooperación productiva a través de formas de organización democrática de la producción. El primer elemento refiere a las posibilidades que crea una política fiscal que permita estabilizar las condiciones de la demanda agregada. La reducción de la incertidumbre promueve la inversión productiva en el corto y largo plazo. Tanto la política macroeconómica a favor del salario como la reformulación del sistema de seguro social crearían las condiciones de mayor estabilidad macroeconómica necesarias. El segundo elemento – la promoción de producción democrática – reduciría la necesidad sistémica del desempleo como mecanismo de incentivación y facilitaría la innovación socio-técnica.⁶²

6. Reflexiones finales

El neodesarrollismo se ha consolidado como patrón de reproducción capitalista en Argentina. Su marco macroeconómico está articulado en torno al neoestructuralismo que – como su antecesor, el neoliberalismo – busca conformarse como la economía política de los sectores dominantes (hoy, el gran capital local transnacionalizado).

Si bien busca ser presentado como una alternativa popular en beneficio de todos los sectores sociales, hemos señalado que su fundamento continua siendo el ajuste permanente sobre las condiciones de vida del pueblo trabajador. Si bien, la crisis del neoliberalismo supuso que los sectores hegemónicos han debido reco-

⁶¹ Otros elementos de un programa económico popular han sido discutidos en Féliz (2009b, 2011b, 2011c).

⁶² Ver también Féliz (2010) y Pérez, Féliz y Toledo (2006).

nocer la fuerza de los movimientos populares, ese reconocimiento no implica en Argentina desplazamiento hegemónico y – por lo tanto – sólo se manifiesta en la forma de políticas sociales y laborales algo más inclusivas. El patrón de acumulación y modelo de desarrollo continúa estando orientado por la necesidad de valorización ampliada del gran capital y su necesidad de competir desde una plataforma periférica y dependiente.

Frente a esa pretensión, los sectores populares en Argentina han históricamente planteado alternativas. A partir de ellas pueden delinarse los ejes de una política macroeconómica popular. Aquí hemos señalado algunos de sus rasgos que requieren ser profundizados y discutidos. En cualquier caso, ese programa sólo puede convertirse en realidad en el marco de un proceso de avance popular y quiebre de la dependencia social, política y económica.

Bibliografía

- ANTUNES, R. (2001). *Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorphosis y la centralidad del mundo del trabajo*. Buenos Aires: Cortez Editora.
- AZPIAZU, D., y SCHORR, M. (2010). *Hecho en Argentina. Industria y economía (1976-2007)*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- BANCO MUNDIAL (2011). *World Development Indicators 2011*, Nueva York.
- BASUALDO, E. M. (2006). *Estudios de historia económica argentina*, Buenos Aires: FLACSO/Siglo XXI Editor,
- BLECKER, R. (1999). “Kaleckian macro models for open economies”, en DEPREZ, J. y HARVEY, J. (compiladores). *Foundations of international economics: post-Keynesian perspectives*, Londres: Routledge.
- BRESSER-PEREIRA, L. (2010). *Globalización y competencia. Apuntes para una macroeconomía estructuralista del desarrollo*, Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana.
- CARCANHOLO, M. (1999). “Equilíbrio e crise: uma hipótese e um fato inconciliáveis”, *IV Encontro Nacional de Economia Política*, Anales, UFRGS/RS, Junio.
- CASTELLANI, Ana (2009), “Estado y grandes empresarios en la Argentina en la postconvertibilidad”, *Cuestiones de Sociología*, 5-6, pp. 223-234, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).

- CECSO (2010). “82% móvil para las jubilaciones. Un paso necesario hacia un sistema previsional más justo”, *Prensa de Frente*, 12 de julio de 2010 (consultado el 16 de septiembre de 2010), disponible en: <<http://www.prensadefrente.org/pdfb2/index.php/a/2010/07/12/p5767>>.
- CIEZA, G. H. (2006). *Borradores sobre la lucha popular y la organización*, Avellaneda: Manuel Suárez Editor.
- CLARKE, S. (1992). “Sobrecumulación, lucha de clases y el enfoque de la regulación”, en Hirsch, J. y otros, *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*, Fichas temáticas de Cuadernos del Sur, Buenos Aires: Editorial Tierra del Fuego.
- CLEAVER, H. (1992). “Theses on secular crisis in capitalism: the insurpassability of class antagonism”, *Rethinking Marxism Conference*, Amherst, Massachussets, Noviembre.
- CURIA, E. (2007). *Teoría del modelo de desarrollo de la Argentina: las condiciones para su continuidad*, Buenos Aires: Galerna.
- DE ANGELIS, M. (2007). *The beginning of history. Value struggles and global capital*, Londres: Pluto Press.
- DIAMAND, M. (1972). “La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio”, *Desarrollo Económico*, 45(12).
- DINERSTEIN, A., CONTARTESE, D. y DELEDICQUE, L. (2010). *La ruta de los piqueteros*, Buenos Aires: Capital Intelectual.
- DUSSEL, E. (1988). *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*, México: Siglo XXI.
- FÉLIZ, M. (2007). “¿Hacia el neodesarrollismo en Argentina? De la reestructuración capitalista a su estabilización”, en *¿Coyuntura favorable o nuevo modelo?: Economía argentina*, Anuario EDI, 3Economistas de Izquierda, Buenos Aires: Ediciones Luxemburg,
- FÉLIZ, M. y SOROKIN, I. (2008). “¿Rigidez estructural del tipo de cambio? El caso de la Argentina a la luz de un enfoque marxista”, en Toledo F. y Neffa, J.C. (comp.), *Interpretaciones heterodoxas de las crisis económicas en argentina y sus efectos sociales*, Buenos Aires: Editorial Miño y Dávila.
- FÉLIZ, M. (2008). “Jubilaciones: ¿volver al ‘93 o crear un verdadero sistema de previsión social?”, *Prensa de Frente*, 29 de octubre de 2008 (consultado el 29 de octubre de 2008), disponible en: <<http://www.prensadefrente.org/pdfb2/index.php/a/2008/10/29/p4084>>.
- FÉLIZ, M (2009a). “Crisis cambiaria en Argentina”, *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, vol. 40, 158, pp. 185-213, julio-septiembre, Instituto de Investigaciones Económicas – UNAM.

- FÉLIZ, M. (2009b). “¿No hay alternativa frente al ajuste? Crisis, competitividad y opciones populares en Argentina”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 42, pp. 147-160.
- FÉLIZ, M. (2010). “The macroeconomic limits of income’s policy in a dependent country. The need and possibilities for radical reforms in social policies in Argentina after the crisis, 2001-2008” en Puyana, A. y Ong’wen Okuro, S. (comp.), *Strategies against poverty: ‘Designs from the north and alternatives from the south’*, Buenos Aires: CLACSO-CROP.
- FÉLIZ, M. (2010b). “El desarrollo más allá del capital. Economía política del trabajo y luchas populares por el cambio social en Argentina”, *III Seminario Internacional ‘Experiencias y formulaciones en la construcción de desarrollos alternativos’*. 18 al 20 de Agosto, Centro de Estudios del Desarrollo Económico y Social, Facultad de Economía, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- FÉLIZ, M. (2011). *Un estudio sobre la crisis en un país periférico. La economía argentina del crecimiento a la crisis, 1991-2002*, Colección Orlando Fals Borda, 1a ed., Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- FÉLIZ, M. (2011b). “Más allá de la política económica neodesarrollista. Elementos para una economía política del pueblo trabajador”, *Batalla de ideas*, 2, noviembre.
- FÉLIZ, M. (2011c). “El fundamento de la política del vivir bien: La economía política de los trabajadores y las trabajadoras como alternativa”, en Farah, I. y Vasapollo, L. (coord.), *Vivir Bien. ¿Paradigma no capitalista?*, La Paz – Bolivia, CIDESUMSA / Sapienza – Università di Roma / Oxfam, Plural Editores, primera edición en español, Febrero.
- FÉLIZ, M. y LÓPEZ, E. (2010). “La dinámica del capitalismo periférico posneoliberal-neodesarrollista. Contradicciones, barreras y límites de la nueva forma de desarrollo en Argentina”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 45, Octubre.
- FÉLIZ, M. y LÓPEZ, E. (2010b). “Políticas sociales y laborales en la Argentina: del Estado ‘ausente’ al Estado posneoliberal”, en FÉLIZ, M., DELEDICQUE, M., LÓPEZ, E. y BARRERA, F. (compiladores), *Pensamiento crítico, organización y cambio social*, pp. 123-140, Centro de Estudios para el Cambio Social, Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- FÉLIZ, M. y LÓPEZ, E. (2011). “Más allá del desarrollo capitalista en Argentina. Límites, posibilidades y alternativas” en ACEVES, L. y SOTOMAYOR, H. (Coordinadores), *Volver al desarrollo o salir de él. Límites y potencialidades del cambio desde América Latina*, Facultad de Economía, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México), en prensa.

- FÉLIZ, M. y LÓPEZ, E. (2012). *Proyecto neodesarrollista en Argentina ¿Modelo nacional-popular o nueva etapa en el desarrollo capitalista?*, Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- FÉLIZ, M. y PÉREZ, P. (2004). “Conflicto de clase, salarios y productividad. Una mirada de largo plazo para la Argentina”, en BOYER, R. y NEFFA, J.C. (coords.), *La economía Argentina y su crisis (1976-2001): visiones institucionistas y regulacionistas*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- FÉLIZ, M., LÓPEZ, E. y ÁLVAREZ HAYES, S. (2009). “Los patrones distributivos y su articulación con la acumulación de capital en una economía periférica (Argentina, 1995-2007). Un estudio a partir de la Encuesta a Grandes Empresas”, 9° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires.
- FERRER, A. (1980). *Crisis y alternativas de la política económica argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FGV (2010). “Diez tesis sobre el nuevo desarrollismo”, Centro de Macroeconomía Estructuralista del Desarrollo, Facultad de Economía de la Fundación Getulio Vargas, San Pablo, Septiembre.
- FRENKEL, R. y RAPETTI, M. (2004). “Políticas macroeconómicas para el crecimiento y el empleo”, *Conferencia de empleo MERCOSUR*, OIT Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- FRENKEL, R. (2005). “Una política macroeconómica enfocada en el empleo y el crecimiento”, *Revista de Trabajo*, Año 1, No.1.
- FURTADO, C. (1974). *El desarrollo económico: un mito*. 8va edición. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GANDARILLA SALGADO, J. (2003). *Globalización, totalidad e historia. Ensayos de interpretación crítica*, Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- GORDON, D. M. (1995). “Growth, distribution, and the rules of the game: social structuralist macro foundations for a democratic economic policy”, en EPSTEIN, Gerald A. y GINTIS, Herbert M. (comp.), *Macroeconomic policy after the conservative era*. Cambridge RU: Cambridge University Press.
- HARVEY, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.
- HOLLOWAY, John (1992). “Crisis, fetichismo y composición de clase”, *Cuadernos del Sur*, 14.
- JAMES, D. (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- KALECKI, M. (1977). “Los determinantes de las ganancias [(1933)1954]”, en Kalecki, Michal, *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista (1933-1970)*. México: Fondo de Cultura Económica.

- KALECKI, M. (1943). "Political aspects of full employment", *Political Quarterly*, vol. 14, pp. 322-331.
- LEBOWITZ, M. (2005). *Más allá de El Capital. La economía política de la clase trabajadora en Marx*, Madrid: Akal.
- LÓPEZ, A. (2011). "La pobreza retrocedió a los niveles de 1980", *Diario Perfil.com*, 23/9/2011, Buenos Aires. (http://www.perfil.com/ediciones/2011/9/edicion_611/contenidos/noticia_0011.html; accedido: 30/11/2011)
- MANZANELLI, P. (2011). "Evolución y destino del excedente de la cúpula empresaria en la posconvertibilidad. La formación de capital", *III Congreso anual*, AEDA, Buenos Aires, agosto
- MARINI, R. M. (1979). "Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital", *Cuadernos Políticos*, 20, pp. 18-39, abril-junio, México: Ediciones Era.
- MARINI, R. M. (1999). "La crisis del desarrollismo", en MARINI, R.M. y MILLÁN, M. (coord.), *La teoría social latinoamericana*, Tomo II: Subdesarrollo y dependencia, México; Ediciones El Caballito.
- MARINI, R. M. (2007). "Dialéctica de la dependencia", en MARINI, Ruy Mauro, *América Latina, dependencia y globalización*, Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.
- MARINI, R. M. (2007). "Proceso y tendencias de la globalización capitalista (1997)", en MARINI, Ruy Mauro, *América Latina, dependencia y globalización*, Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.
- MAZZEO, M. (2010). *Poder popular y nación. Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires: Colección Cascotazos, Editorial El Colectivo y Ediciones Herramienta.
- NOTCHEFF, H. (1994). "Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en la Argentina", en AZPIAZU, D. y NOTCHEFF, H.m *El desarrollo ausente*, Buenos Aires: FLACSO/Tesis-Norma, Buenos Aires.
- O'DONNELL, G. (1977). "Estado y alianzas en la política argentina", *Revista Desarrollo Económico*, 64.
- ORTIZ, R. y SCHORR, M. (2007). "La rearticulación del bloque de poder en la Argentina de la post-convertibilidad", *Papeles de trabajo*, Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín, Año 1, n° 2, Buenos Aires, diciembre.
- OSORIO, J. (2003). "El neoestructuralismo y el subdesarrollo. Una visión crítica", *Nueva Sociedad*, 183, pp. 134-150, Enero-Febrero.
- PANITCH, L. y GINDIN, S. (2005). "El liderazgo del capital global", *New Left Review*, 35, pp. 47-67, noviembre-diciembre.

- PERALTA RAMOS, Mónica (2007). *La economía política argentina: poder y clases sociales (1930-2006)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PÉREZ, P., FÉLIZ, M. y TOLEDO, F. (2006). “¿Asegurar el empleo o los ingresos? Una discusión para el caso argentino de las propuestas de ingreso ciudadano y empleador de última instancia”, en *Macroeconomía, grupos vulnerables y mercado de trabajo. Desafíos para el diseño de políticas públicas*, Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad / CEIL-PIETTE.
- PORTANTIERO, J. C. (1977). “Economía y política en la crisis argentina”, *Revista Mexicana de Sociología*, 2, México.
- POULANTZAS, N. (1979). *Estado, Poder y Socialismo*, México: Siglo XXI.
- PREBISCH, R. (1949). *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, E/CN.12/89, Santiago de Chile: CEPAL.
- PRESIDENCIA DE LA NACION (1/9/2011). “Cena por el Día de la industria en Tecnópolis: Palabras de la Presidenta de la Nación”, Discursos, Presidencia de la Nación (<http://www.presidencia.gov.ar/discursos/25370-cena-por-el-dia-de-la-industria-entecnopolis-palabras-de-la-presidenta-de-la-nacion>; accedido: 29/11/2011)
- PRESIDENCIA DE LA NACION (3/11/2011). “Cristina exhortó en Cannes a “volver al capitalismo serio””, Sala de Prensa, Secretaría de Comunicación Pública (<http://www.prensa.argentina.ar/2011/11/03/25291-cristina-exhorto-en-cannes-a-volver-alcapitalismo-serio.php>; accedido: 28/11/2011).
- SHAIKH, A. (1999). “Real Exchange Rates and the International Mobility of Capital”, *Working Paper*, Nueva York: New School University, 265, Marzo.
- SUNKEL, O. (1991). *El desarrollo desde dentro. Un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, México: Fondo de Cultura Económica.
- SZTULWARK, S. (2005). *El estructuralismo latinoamericano. Fundamentos y transformaciones del pensamiento económico de la periferia*, Buenos Aires: Prometeo Libros, UNGS.
- THWAITES REY, M. (2010). “Después de la globalización neoliberal: ¿Qué Estado en América Latina?”, *OSAL*, Año XI, N° 27, Abril, CLACSO.